

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Nacionalismo y autofiguración. Querellas y disputas a través de las memorias de Gálvez e Ibarguren.

Toniolli, Eduardo (UNR / CONICET).

Cita:

Toniolli, Eduardo (UNR / CONICET). (2007). *Nacionalismo y autofiguración. Querellas y disputas a través de las memorias de Gálvez e Ibarguren. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/642>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: “Nacionalismo y autofiguración. Querellas y disputas a través de las memorias de Gálvez, Ibarguren y Carulla”.

Mesa Temática Abierta: Enfoques históricos y debates historiográficos sobre: derecha, extrema derecha, fascismo y antifascismo en Europa y América. (Siglos XIX y XX).

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Humanidades y Artes. Escuela de Filosofía.

Autor: Toniolli, Eduardo. Lic. en Ciencia Política. Auxiliar de 1°. Becario del Conicet.

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico: Sarmiento 3051 – Rosario.

Tel: (0341) 156687563. Correo-e: edutoniolli@yahoo.com.ar

Nacionalismo y autofiguración. Querellas y disputas a través de las memorias de Gálvez, Ibarguren y Carulla.

Por Eduardo Toniolli

*“¿Has leído las memorias de Lister? Dije que no.
- Bueno, no son exactamente unas memorias -
continuó Aguirre-. Se titulan ‘Nuestra guerra’, y
están muy bien, aunque dicen una cantidad
tremenda de mentiras, como todas las memorias.”*

Javier Cercas, *Soldados de Salamina*

Masas y elites en el nacionalismo del ‘30.

El desencanto de la intelectualidad nacionalista frente a las consecuencias del golpe de 1930, esto es, la restauración justista del régimen liberal conservador; se traducirá en incomodidad en el plano de la política práctica y si no en refugio, por lo menos en un mayor hincapié en la producción teórica.

Si poco tiempo atrás, el desembarco en el poder hacia 1916 de amplias capas de sectores subalternos de la sociedad encabezados por Hipólito Yrigoyen, sumado a la emergencia en el Viejo Mundo de la Revolución Rusa, habían cumplido el rol de detonante de un complejo proceso de consolidación de una mentalidad defensiva en el seno de los círculos sociales que habían hegemonizado la representación institucional de la Nación en épocas del régimen conservador, llevando a un creciente cuestionamiento a los mecanismos formales que habían permitido la apertura del hasta entonces estrecho sistema político argentino; hacia 1932 se hacía patente el fracaso del intento uriburista entendido como respuesta radical y definitiva al desafío del ascenso de las masas a la escena pública.

Producto de ello, las coincidencias iniciales al interior del “nacionalismo restaurador”, fraguadas al calor de la inminencia del asalto al poder, se verán sujetas, en el transcurso de la década del ’30, a un progresivo desarrollo, complejización y diferenciación de su ideario.

Resulta de interés encontrar algunas huellas de estas divergencias, en el debate en torno al protagonismo popular en la construcción de una alternativa nacionalista, y su eco en las disputas alrededor de las representaciones del pasado nacional.

Aún admitiendo las dificultades que se nos presentan a la hora de delimitar un prístino campo de disputas en torno a la cuestión social y su abordaje al seno de esta corriente de pensamiento, las figuras de Manuel Gálvez y Carlos Ibarguren podrían servir para dar cuenta de posiciones contrapuestas que debaten, no siempre abiertamente, sobre el protagonismo político de los sectores populares en las modernas sociedades de masas, en el marco de la coyuntura y los grandes temas de actualidad, pero también en los intersticios de la estrecha relación entre representaciones del pasado y respuestas frente al presente.

Valga como ejemplo el diferendo soterrado en torno a la reivindicación de la figura de Rosas, sujeta a interpretaciones encontradas, aunque no siempre excluyentes, que van a fluctuar entre aquellas que harán especial hincapié en su gobierno como modelo con arreglo a valores de orden y jerarquía social, y aquellas más dispuestas a rescatar las facetas del régimen rosista que permiten adivinar tanto una posición de firmeza frente a las pretensiones imperialistas de las potencias extranjeras, como una adhesión popular excluyente en torno a la figura del Restaurador.

Manuel Gálvez, tanto en sus novelas en torno a la época de Rosas, como en su *Vida de don Juan Manuel de Rosas*, se convierte en defensor de esta segunda interpretación, a la vez que se propone explícitamente su popularización. Lo logra a tal punto, que si nos proponemos señalar las obras que permitieron que el revisionismo histórico dejara en algún momento de ser una corriente marginal, para pasar a disputar en el imaginario social en un plano casi de igualdad con la historiografía liberal; tendremos que conceder un lugar de preeminencia a la labor realizada por Gálvez.

El Rosas de Ibarguren, en cambio, se recorta como cabeza de la reacción conservadora, hombre de orden, patrón de estancia:

"La pampa nutrió a Rosas y modeló en su persona el arquetipo del patrón. La estancia era un dilatado señorío, extensos dominios, rebaños numerosísimos, peones militarizados, trabajos rudos y guerra contra los indígenas. El patrón era caudillo, gobernante, diplomático y guerrero. Debía comprender a los paisanos e interpretar su alma para dominarlos, administrar hasta la extrema minucia para obtener el mayor provecho de la explotación, observar profundamente a las gentes y a los ganados,

mirar a los ganados como si fueran hombres y manejar a los hombres como si fuesen ganados".¹

Resulta evidente que la distancia que media entre una y otra imagen, denuncia elecciones divergentes en lo que refiere a la lectura de aquel presente político, siguiendo esta lógica instalada por el revisionismo de buscar en el pasado respuestas para el devenir nacional.

Así, si para mediados de la década del '30, el ejemplo del fascismo italiano resulta, tanto para Gálvez como para Ibarguren, una alternativa institucional válida frente al democratismo liberal y sus males, lo será por razones bien distintas:

“Mientras Ibarguren busca en el fascismo un medio para la restauración de la elite política desplazada por la Ley Saenz Peña, Gálvez arroja una mirada escéptica sobre la supuesta edad de oro que esa ley vino a clausurar”²

Atado a una perspectiva más conservadora, Ibarguren entrevee en el experimento italiano un recurso para recuperar el equilibrio perdido tras las reformas institucionales promovidas desde el mismo régimen a comienzos de la década del '10³; el autor de “Nacha Regules”, en cambio, fascinado con los aspectos vitalistas y exaltadores de la movilización de masas del movimiento encabezado por Mussolini, hallará en él una expresión de los nuevos tiempos, canal para lograr gobernabilidad con arreglo a justicia social⁴.

Asimismo, la recuperación postmortem por parte de Gálvez de la figura de Hipólito Yrigoyen, acompañado de una crítica profunda a la incompreensión por parte del régimen conservador de la irreversibilidad de la llegada de las masas a la política grande, se convertirá en nuevo acicate para una disputa que ha de extenderse en el tiempo a través del proceso aluvional que encarnará el peronismo, apropiándose y resignificando muchas de las banderas caras al nacionalismo.

Las amargas, y retrospectivas, reflexiones de Marcelo Sánchez Sorondo, dan cuenta de la persistencia en el tiempo de las querellas en torno a la paternidad y la correcta interpretación del ideario nacionalista:

¹ Ibarguren, Carlos; *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo.*; Theoría, Bs. As., 1962, pag. 37

² Halperín Donghi, Tulio; *La Argentina y la tormenta del mundo*; Siglo XXI, Bs. As., 2004, pag. 44

³ Ibarguren, Carlos; *La inquietud de esta hora*; Dictio, Bs. As., 1975 (Primera edición 1934).

⁴ Galvez, Manuel; *Este pueblo necesita...*; Librería Garcia Santos, 1934.

“Perón nos desplazó como gestores de una política, pero al mismo tiempo recibió en buena parte la herencia del capital ideológico que nosotros habíamos elaborado: fue de hecho el usufructuario del mensaje del nacionalismo.”⁵

Memorias y re-presentación.

Lo cierto es que, si este proceso de diferenciación y complejización del ideario nacionalista, inauguró perspectivas de acción política diversas y contradictorias, fundadas en divergencias ideológicas agudas; nos asiste la certeza de que es posible recorrer aquellas disputas exhumando textos que expresan la postrer reconstrucción llevada adelante por sus principales actores.

Las diversas formas que asume el relato autobiográfico, adquieren en este caso; por la profusión y calidad estilística de las memorias producidas por las plumas del nacionalismo; el carácter de documentos invalorable a la hora de arrojar una mirada en torno a aquellas relaciones. Pero además, y de allí nuestro especial interés, nos hablan de las huellas con que las opciones asumidas a lo largo de la experiencia vital, marcan el presente del autor que realiza el ejercicio rememorativo.

Atravesadas por el presente de su enunciación, las percepciones del yo se convierten en construcciones narrativas donde la evocación de un derrotero se halla mediada; o mejor, condicionada; por la imagen que el autobiógrafo pretende exteriorizar. Silvia Molloy describe el fenómeno a partir de la categoría de autfiguración: *"la imagen de si existe como impulso que gobierna el proyecto autobiográfico. Además de fabricación individual, esa imagen es artefacto social, tan revelador de una psique como de una cultura."*⁶

En los casos que pretendemos abordar, tratándose de intelectuales abocados a la cosa pública, esa imagen será también reveladora de las convicciones políticas que asumen al momento de revisar su recorrido vital. En este sentido, paradigmáticas del carácter *re-presentativo* del hecho autobiográfico, resultarán las memorias de Juan Carulla, furibundo nacionalista en la década del '30, devenido con el tiempo en conservador pro-aliadófilo. El autor que alguna vez, desde las páginas de *"Bandera Argentina"*, supo defender el carácter fascista del golpe de Uriburu frente a las dudas de

⁵ Sanchez Sorondo, Marcelo; *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*; Sudamericana, Bs. As., 2001, pag. 89

⁶ Molloy, Sylvia; *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en hispanoamérica.*; Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pag. 19

los seguidores de Mussolini al seno de la colectividad italiana en la Argentina; a la hora de redactar sus memorias, arrojará una mirada radicalmente opuesta con respecto al golpe septembrino y sus objetivos, criticando a quienes *“pretendieron injertar en su cogollo doctrinarismos extraños a nuestra Constitución política y a nuestra índole de pueblo”*⁷.

Claro está, median entre el Carulla de 1937 y el de 1951, las amargas contradicciones a las que se verá sujeto con los prolegómenos de la guerra, y el quiebre que provocarán en sus convicciones, hacia 1938, las noticias que, del otro lado del Atlántico, reseñan los ataques encabezados por los nacional-socialistas austriacos contra la Iglesia. De allí en adelante, seguirá el camino de la ruptura con sus, hasta el momento, compañeros de ruta, y el acercamiento a un conservadurismo tradicional, atalaya desde la que va revisar su historia de vida.

Adquieren valor aquí las reflexiones de Adolfo Prieto en torno a la autobiografía y su “potencia” para formar y transformar los hechos históricos:

*“Los intrincados mecanismos del olvido, la perspectiva del tiempo, la trama de intereses personales o de grupo, son eficaces auxiliares en la tarea de trastocar fechas, deformar anécdotas, invertir o suprimir el orden real de los sucesos.”*⁸

Nos proponemos auscultar esos mecanismos y esa potencia transformadora que se desprenden de las autofiguras a través de las que Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren y Juan Carulla, a la vez que construyen una imagen de sí, brindan una mirada postrera sobre el ascenso y desarrollo de una corriente de acción y opinión que los tuvo como protagonistas, si no excluyentes, por lo menos de primera línea.

Nuestra mirada no se pretende inquisidora del grado de veracidad de esas miradas retrospectivas y las imaginaciones y reconstrucciones de lo acontecido que le son propias, si no, más bien, se orienta a dar cuenta de los modelos de representación que las movilizan:

“...yo no busco distinguir el hecho de la ficción. Si cuestiono el ejercicio de la memoria y la fabulación del yo que de ella resulta, lo hago porque deseo examinar los modelos sociales de representación que, con la misma seguridad que los modelos

⁷ Carulla, Juan Emiliano; *Al filo del medio siglo*, Editorial Llanura, Paraná, 1951. Pag. 209

⁸ Prieto, Adolfo; *La literatura autobiográfica argentina*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1982, pag. 14

auspiciados por la escena de lectura, guían la recuperación del pasado de manera satisfactoria para el sujeto rememorante”⁹

Si el presente de la enunciación y las convicciones que le son propias al momento de la redacción de sus memorias, guiarán al autor en su recorrido, podemos adivinar en los que llevan adelante Gálvez, Ibarguren y Carulla, y en sus divergencias en la apreciación de determinados acontecimientos, las consecuencias del proceso de diferenciación y complejización del nacionalismo que describíamos en párrafos anteriores. Para reforzar lo dicho, es menester aclarar que las tres autobiografías son producidas y editadas a posteriori de la década del '30: *“La historia que he vivido”*, de Carlos Ibarguren, data de 1955; *“Al filo del medio siglo”* de Carulla, fue editada en 1951; y los cuatro tomos de los *“Recuerdos de la vida literaria”* de Gálvez fueron publicados en 1944 (*“Amigos y maestros de mi juventud”*), 1961 (*“En el mundo de los seres ficticios”*), 1962 (*“Entre la historia y la novela”*) y 1965 (*“En el mundo de los seres reales”*).

Nos interesan sobremanera las imágenes de infancia reconstruidas por tres autores que atravesaron las suyas en épocas del régimen conservador, y fundamentalmente las que dan cuenta de sus primeros acercamientos, o encontronazos, con el mundo político. Creemos que tanto estas últimas, como las miradas en torno al golpe uriburista y sus consecuencias, redundarán en aporte develador de las divergencias, ya por entonces decantadas, en torno al carácter del régimen, del golpe del '30, del nacionalismo y de los sectores populares, sostenidas por Gálvez, Ibarguren y Carulla.

El país de la infancia.

Bajo la categoría de “escena de lectura”, Silvia Molloy engloba las referencias a otros textos que salpican las autobiografías, referencias que forman parte de la estrategia autofigurativa: *“Espejo para el autobiógrafo, el libro refleja, consuela, aumenta, deforma; finalmente, muestra la imagen de quien lo convoca.”¹⁰*

El encuentro del yo con el libro adquiere relevancia, entonces, a partir de la intención del autobiógrafo de inscribir esa escena en el entramado vital que intenta reconstruir. Por ello la escena elegida no será necesariamente la que reseña el primer

⁹ Molloy, Sylvia; Op. Cit., pag. 19

¹⁰ Molloy, Sylvia; Op. Cit., pag. 51

libro abordado cuando niño, sino aquel a través del que la vida revisada se inviste de un significado determinado.

Si la escena de lectura, que se funde y forma parte de una reinención de la niñez sujeta a un imaginario que encarna en el presente del rememorante, adquiere para Molloy, centralidad en las memorias de escritores; pretendemos, desde una perspectiva afín, dar cuenta de los imaginarios en torno a la propia infancia y, sobre todo, al mundo político-social que la contiene, que guían las remembranzas de los tres intelectuales que estamos abordando, a través de las *escenas*, ya no de lectura, si no en las que *la política* irrumpe en sus vidas.

En el caso de Carlos Ibarguren, la cosa pública no irrumpe en la vida privada o familiar, sencillamente porque una y otra se imbrican desde tiempos inmemoriales, desde el nacimiento de la Patria, y aún antes¹¹. Nunca mejor titulado el derrotero de una vida, pues “*La historia que he vivido*” es un recorrido por una historia argentina cuya trama de apellidos se entremezcla con la saga familiar de los Ibarguren y los Uriburu:

*“Godos o patriotas, rosistas o urquicistas, los antepasados de Carlos Ibarguren, particularmente lo de rama materna, dejaron siempre la impronta de sus decisiones en la historia lugareña, y fueron, en gran medida, la historia del lugar.”*¹²

Para dar cuenta del primer registro de la alta política en su mundo infantil, Ibarguren elige una imagen que se condice con su estrategia de autovalidación, esto es, la de mostrar una “*red de contactos prestigiosos*”¹³, asociándose con un espacio de relaciones sociales detentadora del poder material, pero fundamentalmente simbólico, de una nación en construcción:

“Veo venir al general Roca en la gran carroza enchapada de plata – que trajo Sarmiento cuando era presidente e imitaba a una que usó el emperador Napoleón III-, tirada por cuatro caballos y seguida de numerosos coches y escolta militar. Roca pasaba acompañado de su ministro de Instrucción Pública doctor Eduardo Wilde, del doctor Benjamín Zorrilla y de un edecán. Conocía yo mucho a Wilde y a Zorrilla, que frecuentaban mi casa, y toda mi atención se concentró en Roca, cuyo retrato cariñosamente dedicado tenía mi padre en su escritorio. Veo al ilustre presidente, que había sido heroico guerrero, joven, bello, de perilla rubia dorada, de ojos azules

¹¹ “*La vieja cepa, cuyas raíces se hunden profundamente en la madre patria, retoñó en mi terruño traída en la noble sangre hispana de los conquistadores de América. De ese linaje proceden mis padres Federico Ibarguren y Margarita Uriburu*”. (Ibarguren, Carlos; *La historia que he vivido.*, Eudeba, Bs. As., 1969, pag. 6).

¹² Prieto, Adolfo; Op. Cit., pag. 208

¹³ La imagen la usa Molloy en referencia a *Juvenilia* de Miguel Cané.

*profundos, de mirada suave, que sonreía a los niños saludándolos con dulzura. Y lo evoco así como una visión de mi infancia que pasó cual un sueño lleno de sugerencias...”*¹⁴

En el marco de esa estrategia, el memorialista expone recurrentemente la labilidad de las fronteras entre la casa grande familiar y la plaza pública, tal es así que uno de los capítulos, *“El hogar de mis padres y las personalidades que conocí”*, dedica páginas enteras a describir las amistades paternas forjadas en el célebre Colegio de Concepción del Uruguay (Victorino de la Plaza, Julio A. Roca, Eduardo Wilde, Olegario Andrade), en la gestión pública (José Benjamín Gorostiaga, presidente de la Corte Suprema, de la que su padre era ministro), y en los marcos de sociabilidad de la clase a la que pertenecía (Sarmiento, Ricardo Gutiérrez):

“Todos los personajes recordados, y muchos otros de su época y de la misma estirpe espiritual, constituyeron, con sus virtudes y sus luces, un magnífico patriciado que desde el gobierno, o fuera de él, dio lustre a la sociedad argentina, organizó y engrandeció a la patria. Esta auténtica aristocracia no significaba clase cerrada, sino grupo selecto por su saber, su talento y su honorabilidad”.¹⁵

Si en algún pasaje desliza que la generación del '80 fue de *“escépticos y materialistas”*, el juicio definitivo la describe como *“un grupo de refinada expresión intelectual, que ha dejado una huella luminosa para la historia de la cultura y la política argentinas”*.¹⁶

La imagen de Roca desfilando en su primera presidencia, se completa con las reflexiones de Ibarguren en torno a su participación en el segundo gobierno del “zorro”, veinte años después, en carácter de subsecretario de Hacienda primero y de Agricultura luego. Sí Adolfo Prieto señala que en el relato de los primeros capítulos, el testigo parece reemplazar al actor; podemos señalar que al momento de despuntar el actor, lo hace formando parte de un elenco de notables, que más allá de diferencias laterales, hace de la virtud cívica su norte, y de la condescendencia aristocrática una práctica sistemática. Para reforzar esa caracterización, Ibarguren se complace en recordar debates tan encendidos como caballerescos en el Congreso de la Nación, entre los que

¹⁴ Ibarguren, Carlos; *La historia...*, pag. 31

¹⁵ *Ibíd.*, pag. 40

¹⁶ *Ibíd.*, pag. 62

cuenta el que protagonizan el diputado Osvaldo Magnasco y el Ministro del Interior de la época, Lucio Vicente López:

“Cuando evoco el Congreso de esos tiempos me ufano de que la cultura argentina haya brillado en páginas tan hermosas como el debate que relato, y en muchas otras expresiones que pusieron de relieve su alto nivel intelectual”.¹⁷

Frente a al aristócrata satisfecho de sí mismo que compone Ibarguren, Manuel Gálvez prefiere una estrategia autofigurativa que, acierta Halperín Donghi, se basa en la demostración insistente de su insatisfacción *“con un destino que en su opinión no supo asegurarle el lugar que merecía en el firmamento intelectual argentino”*¹⁸.

Perteneciente a una familia de políticos santafesinos, parece caberle la caracterización de “hidalgo pobre” con la que Blas Matamoros¹⁹ lo definió, en función de una filiación patricia²⁰, pero sin patrimonio de importancia.

Su derrotero es el del naciente escritor profesional, atento a los vaivenes de la consagración y el reconocimiento público, de allí la importancia que adquiere en sus memorias el recurso a la “autofiguración indirecta”, esto es, la cita de comentarios, de críticas laudatorias de sus obras, y de un profuso epistolario con personalidades de las letras, que en su precisa selección denotan un afán de reconstrucción signado por un espíritu defensivo de su obra y su figura.

Sobre este telón de fondo, las referencias al encuentro del niño Manuel Gálvez con el mundo de la política, son usadas por el ya anciano Gálvez (estos pasajes corresponden al segundo tomo de sus “Recuerdos...”, titulado *“En el mundo de los seres ficticios”*, editado en 1961), para dar cuenta de una relación tortuosa con el fenómeno:

*“Detesto la política, porque la conozco desde mi niñez y pertenezco, según ya he contado, a una familia de políticos. Cuando la revolución radical de 1893 en Santa Fe, mi padre era ministro del gobernador Cafferata. (...) Lloré el asesinato del negro Zambomba – cochero de mi casa, cuyos talentos acrobáticos yo, chicuelo de once años, admiraba – por haber vitoreado a los gobernantes caídos. Más tarde, asistí a las atrocidades del gobierno de Leiva contra los ‘galviztas’, ahora en la oposición.”*²¹

¹⁷ *Ibíd.*, pag. 92

¹⁸ Halperín Donghi, Tulio; *Op. Cit.*, pag. 39

¹⁹ Matamoros, Blas; *Oligarquía y literatura.*, Bs. As., Ediciones del Sol, 1975.

²⁰ Aunque de un patriciado más reciente que del que, como hemos visto, proviene Ibarguren.

²¹ Gálvez, Manuel; *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios.*; Taurus, Bs. As., 2003, pag. 492

Párrafos más adelante, la segunda referencia elegida en torno a la cuestión no le va en zaga a aquella primer imagen de la infancia:

“En mi horror a la política acaso ha tenido parte un suceso que ocurrió en mi infancia. Elemento político de mi padre era un gaucho grandote, fornido, bueno, leal y de escasas palabras: Crisóstomo Montenegro. (...) Bien: un anochecer, en aquella época de feroces luchas políticas, volvía Crisóstomo a caballo a sus pagos de Coronda cuando, al cruzar un puente, sicarios del Gobierno, que lo esperaban trasconejados en los matorrales próximos, lo asesinaron por la espalda. Recuerdo el dolor y el llanto en nuestra casa, la tribulación de mi padre”²²

Manuel Gálvez, aquel que en su juventud sostuviera relaciones amistosas con los socialistas, luego con Monseñor De Andrea y su intento de construir un partido católico, el mismo que apoyara el golpe setembrino, para desdecirse al tiempo y reivindicar públicamente la figura de Hipólito Yrigoyen, el que diera su visto bueno a la política del primer Perón, para finalmente condenarlo por su conflicto con la Iglesia, parece querer, a la vuelta de la vida, instalar cierta distancia, o por lo menos una relación ambivalente con la política y sus bemoles.

No es casual que Gálvez - que tanto en sus opciones políticas, como en su producción intelectual, librara combate contra la incompreensión por parte del conservadurismo del fenómeno excluyente que atraviesa a la Argentina moderna, esto es, el ascenso de las masas - encuentre las causas de su supuesta animadversión hacia la política, en recuerdos infantiles teñidos de hechos luctuosos ocurridos en tiempos del régimen.

Juan Emiliano Carulla, por el contrario, descubre en sus memorias que su gusto por la política encuentra su inspiración primera en las disensiones internas de la “política criolla” de su Entre Ríos natal:

“¿Desde que edad empezó a preocuparme la cosa pública? Difícil me sería precisar, pero un hecho cierto es que mi primer acto político se vincula a un suceso que tuvo por escenario la provincia de Entre Ríos, durante el año 1900. Fue este una Revolución.”²³

No hay condena por parte de Carulla hacia las luchas civiles de la época, más aún, sin restarle dramatismo a los escarceos, relata anécdotas, que el mismo caracteriza como risibles, de la revolución que está describiendo. Aquellos “*sublimes episodios* y

²² *Ibíd.*, pag. 493

²³ Carulla, Juan Emiliano; *Op. Cit.*, pag. 33

varoniles entreveros de una época increíblemente ruda”²⁴, motivarán, siempre siguiendo su postrer relato, la toma de partido del niño que fue, y un destino ligado a la lid política: “*Había surgido en mí el ‘zoo-politikón’, ya nunca más podría verme libre de él*”²⁵ dirá Carulla.

La estancia de un año en Buenos Aires, resultará perfecta excusa para el autor a la hora de reconstruir los tiempos del régimen conservador, a través de recuerdos infantiles desgranados con el inocultable objetivo de resaltar una época luminosa.

La escena donde describe a Mitre (“numen de la patria”, “genio”, “héroe”, “anciano ilustre”) saliendo a los balcones del palacio de gobierno junto al entonces presidente Roca, para conjurar una movilización opositora que parecía estar a punto de salirse de cause, se convierte así en síntesis de tiempos añorados, donde los límites impuestos a las disputas políticas estaban marcados por temperamentos rectos y la común pertenencia a un espacio de sociabilidad estrecho.

El “*¡Oh, tiempos magníficos!*”, con el que Carulla culmina la descripción de aquel hecho, se inscribe en una estrategia autofigurativa que pretende conciliar los orígenes del nacionalismo del que formó parte, con la tradición liberal – conservadora argentina, salvando su buen nombre y honor (el suyo y el del nacionalismo que quiso construir), de los desaguizados de la versión más radicalizada, “totalitaria” dirá Carulla, que pasó a hegemonizar el término en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Volver a los ‘30.

Las querellas en torno al nacionalismo y sus hitos más significativos (visiblemente, el golpe de 1930 es uno de ellos), recorren sutilmente la trama con la que los tres autores tejen sus memorias.

Paradigmática resulta la autobiografía de Juan Carulla, relato que se asemeja a un extenso vía crucis, trazado con el objeto de expiar pecados con profundas consecuencias en el escenario político de la segunda mitad de la década del 30:

“No era yo inocente, para el caso; me confieso un poco cómplice en la obra ingrata de desviar el pensamiento de la juventud argentina, induciéndola por el camino de un falso nacionalismo.” ²⁶

²⁴ *Ibíd.*, pag. 35

²⁵ *Ibíd.*, pag. 38

²⁶ *Ibíd.*, pag. 245

El recurso a la violencia callejera, válido mientras sirviera para enfrentar al “klan” radical (en épocas de *“la atmósfera heroica y caballeresca del nacionalismo primigenio”*), se mostraría como condenable cuando Carulla comienza a tomar distancia de sus otrora compañeros de acción, atravesado por las contradicciones a las que se ve sometido por avance del nacional-socialismo en Europa, y su creciente influencia en los círculos del nacionalismo local.

El relato de Carulla es expresión de un intento sistemático por instalar esta última imagen, la del precursor defraudado por las opciones adoptadas por sus compañeros y discípulos, y la del guardián de los valores primigenios de un nacionalismo que en nada se asemeja a los desvaríos totalitarios de “extrañas doctrinas políticas”:

“¿No habían llegado, en su desvarío intelectual, a hacer, de la figura de Rosas, un paradigma del nacionalismo? ¿Acaso, también, no habían hecho su breviario de ‘Mi lucha’ ese libro logorreico y absurdo, que parecería haber sido escrito por un maniático? En fin, se apoderó de mí un estado de espíritu incompatible con tan absurdas tendencias.”²⁷

Huelga señalar que el intento de Carulla debe sortear copiosos obstáculos, el primero de ellos la evidencia empírica de su labor como director de *“Bandera Argentina”*, uno de los órganos de prensa del nacionalismo argentino, publicación que abandonará hacia 1940, pero que durante los años precedentes había sostenido, asume, *“argumentos inconfundiblemente proselitistas”* a favor del Tercer Reich:

“¿Cómo llegaban hasta nuestra redacción? ¿Porqué se publicaban? No bastaría como explicación el confesar mi ingenuidad o mi debilidad. Había otras razones: el diario necesitaba vivir y la verdad era que, detrás de esos artículos, venían fondos bajo el cariz de publicidad o de suscripciones”²⁸

La piedra de la discordia, el punto de no retorno que Carulla pretende señalar como límite y quiebre de sus pasadas convicciones, será la agresión sufrida hacia 1939 por el obispo austríaco Initzer, a manos de “una pandilla nacionalsocialista”, que develará una política agresiva, inhumana y, fundamentalmente, de “tendencia pagana”.

²⁷ *Ibíd.*, pag. 246

²⁸ *Ibíd.*, pag. 229

El editorial de *“Bandera Argentina”*, titulado *“¡Basta!”*, que denuncia el atropello, se erige para el autor en prueba fehaciente, de su total *“rompimiento con el nacionalismo de nuevo cuño”*²⁹.

Carulla se esmera entonces por marcar las diferencias entre una etapa idílica y romántica del nacionalismo, y su posterior deformación:

*“(…) si nuestra juventud hubiera sabido mantener la llama patriótica e idealista que animaba a la Legión Cívica en sus primeros tiempos, quizá no hubiera sufrido el nacionalismo la funesta desviación ideológica que lo condujo a su desintegración.”*³⁰

En aquel marco, parece señalar, la adscripción al fascismo aparecía más como producto del espíritu de una época marcada por la contradicción con el comunismo y su avance (*“¿no acababa el Duce de electrizar al mundo occidental con su consigna estupendamente clásica y europea: Roma o Moscú?”*³¹), que como adhesión a un corpus doctrinario.

Finalmente, el recuerdo de Uriburu lo muestra como la cabeza de una revolución triunfante, cuyo objetivo fue la restauración de la institucionalidad perdida a manos de la demagogia yrigoyenista. *“Los que fracasaron”*, dirá, *“fueron quienes pretendieron desvirtuar su finalidad, para hacerla servir a intereses personales o quienes pretendieron injertar en su cogollo doctrinarismos extraños a nuestra Constitución política y a nuestra índole de pueblo”*.³²

Si, la mirada retrospectiva de Juan Carulla se propone claramente inscribir la revolución de septiembre, depositaria del *“ideario cristiano occidental”*, en los marcos de la tradición del conservadurismo-liberal argentino; lo hace para deslindar responsabilidades en el devenir de un nacionalismo que en su posterior desarrollo comienza a valorar el intervencionismo estatal y las reformas corporativas afines a la *“economía dirigida de extracción socialista”*.

Indudablemente, el Carulla de 1951, fervientemente aliadófilo y confiado en el rol de los Estados Unidos *“enfrentados, cual otra Roma, al mundo de las naciones bárbaras, en defensa de la ciudadela de occidente”*³³, encuentra en los desvíos del nacionalismo de sus objetivos y doctrinas originarias, una de las causas del ascenso de

²⁹ *Ibíd.*, pag. 230

³⁰ *Ibíd.*, pag. 211

³¹ *Ibíd.*, pag. 223

³² *Ibíd.*, pag. 209

³³ *Ibíd.*, pag. 273

una *“masa popular salida de madre”* aupada tras la figura de un caudillo totalitario como Perón.

Ibarguren, por el contrario, no renuncia a la reivindicación de las reformas institucionales promovidas durante el interregno uriburista, y señala al jefe de la revolución como uno de los inspiradores máximos de las mismas, impedido por las presiones a las que se vio sometido por parte de “politicastros” y militares aliados a estos últimos. La reforma constitucional aparece como eje movilizador de la asonada, e incluso como fundamento de la propia adhesión al movimiento cívico militar, en tanto Ibarguren cita el diálogo privado a través del que Uriburu lo hace partícipe del evento y sus intenciones de fondo:

*“El general, en tono decidido y con profunda convicción, me dijo: ‘(...) Mi plan es hacer una revolución verdadera que cambie muchos aspectos de nuestro régimen institucional, modifique la Constitución y evite se repita el imperio de la demagogia que hoy nos desquicia’”.*³⁴

Ibarguren despliega en detalle los alcances del proyecto de “democracia social” o “funcional”, del que se reclama protagonista destacado e impulsor, a tal punto que alcanza a llevar adelante algunos de sus preceptos en su carácter de interventor de la provincia de Córdoba. Pretende con ello demostrar los objetivos trascendentes del alzamiento, a saber, la implantación de un régimen institucional sostenido en la representación de las fuerzas sociales organizadas, *“representación del país real”* dirá, y no en los partidos políticos; además de deslindar responsabilidades, marcando la distancia de Uriburu y sus seguidores, con aquellos sectores - claramente el justismo y los partidos enrolados en la Federación Nacional Democrática - que pretendían reducir aquellas metas superiores a un mero cambio de elencos en la dirección del Estado.

Sin embargo Ibarguren toma el recaudo de aclarar que las reformas propuestas hallaban inspiración en la “inquietud transformadora institucional” que atravesaba al mundo, demarcándose elegantemente de la referencia unívoca con el fascismo. La reseña de sus discursos, especialmente el que pronunció en el teatro Rivera Indarte de la ciudad de Córdoba a poco de asumir la intervención, abonan una imagen donde las reformas institucionales propuestas muestran la articulación ambigua entre las propuestas corporativistas más radicales, y aquellas inspiradas en el ideario clásico del

³⁴ Ibarguren, Carlos; Op. Cit., pag. 366

liberalismo político, que apuntaban a la división de poderes y al debilitamiento de la institución presidencial.

Si esta ambivalencia representa, como sostiene Fernando Devoto, la prueba palmaria de las estrechas relaciones entre el nacionalismo que expresaba Ibarguren y el establishment conservador, podemos agregar a la cuenta las constantes y elogiosas referencias a hombres de un régimen que no lo satisfacía (el que sobrevino con la presidencia de Justo), pero que pertenecían a ámbitos de sociabilidad común:

*“Aunque simbolizasen lo opuesto de sus convicciones ideológicas – en materia de política económica y de política internacional -, representaban también la continuidad de su mundo social.”*³⁵

Atento a la estrategia autofigurativa que se trazó, Ibarguren no se preocupa en marcar distancia con Federico Pinedo, Carlos Saavedra Lamas, Roberto Ortiz, Miguel Ángel Cárcano y Mariano de Vedia y Mitre, todos ellos conspicuos funcionarios e ideólogos del régimen, pero también “apreciados amigos”, “discípulos” o “ex alumnos”. Distancia que sí marca, a su turno, un Manuel Gálvez decidido a señalar límites entre las amistades y simpatías recabadas en ámbitos de sociabilidad que, como Ibarguren, compartía con algunos de los antedichos (fundamentalmente el Jockey Club), y las definiciones políticas que los movilizaban. Es así como la relación con Mariano de Vedia y Mitre, aparece atravesada por aquella tensión:

*“(…) en política permanecemos siempre distantes. Mariano estaba con los ingleses. Seguramente, era abogado de empresas extranjeras. Yo no le debo a Mariano sino elogios, como se verá, pero esto no ha de impedirme hablar claro. Mariano, intendente municipal de Buenos Aires durante la presidencia del general Justo – años de ‘la década infame’, de la entrega a los ingleses-, fue uno de los culpables, según se dijo y parece, de que se crease la Corporación de Transportes, mediante la cual los tranvías y otros vehículos venían a quedar, en la ciudad de Buenos Aires, en manos del capital inglés.”*³⁶

En “Entre la historia y la novela” (1962) y “En el mundo de los seres reales” (1965), los opus tres y cuatro de sus “Recuerdos de la vida literaria”, Manuel Gálvez se complace en presentar contrapuntos, tanto con Carlos Ibarguren, como con la

³⁵ Devoto, Fernando; *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Siglo XXI, Bs. As., 2002, pag. 265

³⁶ Gálvez, Manuel; *Recuerdos de la vida literaria (II). Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales.*; Taurus, Bs. As., 2003. pag 655

juventud nacionalista que a fines de la década del '20 se agrupaba en torno a La Nueva República:

“(...) el nacionalismo de mis amigos de La Nueva República era harto incompleto, pues no figuraba entre sus ideas la justicia social. El nacionalismo auténtico, el que surgió en la segunda mitad de la década del 30 al 40, incluía estos puntos esenciales: recuperación nacional, defensa de la soberanía, jerarquía y justicia social.”³⁷

Por similares carriles circularon las diferencias, señala Gálvez, entre su nacionalismo, y el de un Ibarguren más afectado por motivaciones corporativistas, que por objetivos de “recuperación nacional” y de “disminución de las diferencias entre las clases”. Tal vez; arriesga un Gálvez atento al rol de las clases dominantes en la administración de la fama y la dispensación del reconocimiento público; en esa impronta conservadora que siempre caracterizó a Ibarguren, puedan hallarse las respuestas en torno a su no condena por parte de una oligarquía menos benévola con otros intelectuales del nacionalismo.

En franco contrapunto, su temprano debate con Julio Irazusta en torno a las bondades de la política obrerista y neutralista en el plano internacional de Hipólito Yrigoyen, su reivindicación post mortem del caudillo radical y las polémicas que suscitó al seno del nacionalismo, aparecen reseñados por Gálvez como mojones de la construcción de una imagen de sí que, en el plano de las ideas políticas, lo semblantea para la posteridad como un “*precursor del posterior justicialismo*”³⁸, aún cuando, al momento de escribir sus memorias, ya se muestra desengañado frente a la figura de un Perón “demagogo”, “arbitrario” y enemigo de la Iglesia.

Parece coincidir Gálvez con Carulla en su apreciación de la influencia extendida del fascismo en la Argentina, como expresión del espíritu de una época, una moda dirá, y en justificar su simpatía en función de la lucha contra el avance del comunismo. Pero asimismo, se esfuerza en reproducir extractos de su obra “*Este pueblo necesita...*” (compendio de notas aparecidas hacia 1933 en el diario La Nación), donde subyace una mirada del fenómeno italiano basada en la reivindicación de sus aspectos socializantes y anticapitalistas:

³⁷ *Ibíd.*, pag. 39

³⁸ *Ibíd.*, pag. 177

*“Estas palabras, y muchas otras, demuestran que yo no era fascista, sino partidario de un socialismo práctico, algo así como el laborismo británico, pero con cierto empuje revolucionario”*³⁹

Por último, y desmintiendo el propio despliegue de anécdotas vitales y textos que desarrolla en sus memorias, Gálvez prefiere mostrarse prescindente frente a las incidencias de la política práctica y las coyunturas que le tocó atravesar, representándose como un nacionalista abocado al campo teórico y a la producción histórica en clave revisionista.

Epílogo.

“El poder de la memoria no reside en su capacidad para resucitar una situación o un sentimiento que existieron de veras, sino que es un acto constitutivo de la mente ligado a su propio presente y orientado hacia el futuro de su propia elaboración. El pasado interviene sólo como un elemento puramente formal...”

Paul De Man; *Blindness and Insight*

Héctor P. Agosti, adjudicará a una *“propensión deformativa”* de Ernesto Palacio, *“destinada a embellecer el pasado con las posibles luces del presente”*⁴⁰, la afirmación que este último sostuvo en su *“Historia de la Argentina”*, en torno a la similitud de móviles y finalidades entre el radicalismo yrigoyenista y los jóvenes neorrepublicanos.

Cabe preguntarse, más allá de la mayor o menor osadía del cronista ocasional, si esa *propensión deformativa* no resulta inherente a todo intento de revisión del pasado. Seguramente a Ernesto Palacio; quien siguiera el derrotero de aquellos neorrepublicanos que, defraudados por las consecuencias de la revolución septembrina, radicalizarían su nacionalismo en abierta oposición al régimen conservador restaurado; no se le escapaban las dificultades que se le impondrían a la hora de demostrar sus afirmaciones. Sin embargo estas últimas hablaban más del presente de su enunciación y de la necesidad de justificar un credo político y sus imbricados recorridos, que de certezas

³⁹ *Ibíd.*, pag. 177

⁴⁰ Agosti, Héctor; *Nación y cultura*, CEAL, Bs. As., 1982, pag. 214

irrecusables en torno a acontecimientos siempre sujetos a la controvertida mirada del observador de turno.

Las memorias de tres intelectuales que supieron definirse como *nacionalistas* y adherir, al menos en su impulso inicial, a la revolución del 6 de septiembre de 1930, arrojan luz, más que sobre aquellos sucesos que se proponen revisar - al decir de Ibarguren - “*en la hora serena en que las disputas y las pasiones apagadas dejan de enturbiar los juicios.*”, sobre las motivaciones y concepciones que guían sus miradas retrospectivas.

Si aceptamos que la década que va de los '30 a los '40 del siglo pasado en la Argentina, tal como señala Alberto Spektorowski⁴¹, es la del ascenso de un “nacionalismo integral”, expresión ideológica que, influida por corrientes de opinión en boga en el viejo mundo, se pretendía alternativa radical al liberalismo clásico y al socialismo marxista, se abre toda una perspectiva investigativa en torno al proceso de diferenciación al seno de un nacionalismo que, en sus orígenes, la segunda mitad de la década del '20, había mostrado una endogamia y funcionalidad clara con el liberal-conservadurismo argentino.⁴²

Queda claro que el mirador desde el que Carulla observa el pasado reciente que lo tuvo como protagonista de fuste, es el de la vuelta al hogar de aquellas ideas primigenias, las de un ideal romántico, elitista y caballeresco, que no entran en contradicción con las de un conservadurismo subsidiario del liberalismo argentino forjado en el período de organización nacional, ideas que se entroncan en la común pavura frente al avance de las masas en el escenario político local⁴³.

⁴¹ Spektorowski, Alberto; “Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera”, en Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe – Universidad de Tel Aviv, N°1, enero – junio 1991.

⁴² Permitámonos una digresión: el liberalismo de la elite que había hegemonizado el sistema político desde el período de organización nacional hasta 1916, no era el liberalismo revolucionario nacido del ascenso de las burguesías europeas en lucha contra el absolutismo monárquico. Si la elite que construyó esta tradición había abrevado claramente, en el plano de las influencias “universales”, en el liberalismo decimonónico, lo haría con las particularidades propias de un doble proceso que se desarrolló a partir de 1863: por un lado, el de la construcción urgente de una hegemonía hacia adentro de la sociedad nacional, por el otro, el de su integración dependiente a la división internacional del trabajo. De allí que nos encontremos con un liberalismo con características propias y distintivas: antitradicionalista, cosmopolita y laico en el plano cultural, conservador en lo social.

⁴³ Lo que a priori reafirmaría la tesis suscripta por Marisa Navarro Gerasi, que señala que “*el nacionalismo fue una forma extrema de reacción conservadora frente al ascenso al poder de la clase media a través del radicalismo*” (Navarro Gerasi, Marisa; *Los nacionalistas*, Editorial Jorge Alvarez, Bs. As., 1968, pag. 17)

Ya hemos señalado que Manuel Gálvez, por el contrario, se recorta en su recorrido vital, como referencia de un nacionalismo, que aunque se pretende más cultural que político, se presenta resaltando la necesidad de un Estado interventor, fundamentalmente en el plano de las políticas obreras, exaltando los hitos de una experiencia personal y profesional que se re-presenta tomando distancia tanto del régimen conservador (distancia que hemos visto condensada en la elección por parte del autor de escenas de infancia donde evidencia un explícito desagrado con la “política criolla” de la época), como de su restauración en épocas de la década del '30.

Finalmente, el camino que adopta Carlos Ibarguren a la hora de recordar, pareciera tan sinuoso como lo fueron sus relaciones con el mundo conservador que lo vio nacer y en cuyo seno se desarrolló profesional y políticamente. La reconstrucción de una trayectoria que se pretende consecuente hasta en el más nimio detalle, requiere de su parte inevitables torsiones que puedan apuntalarla, más aún desde una estrategia autovalidante que no se permite, como si lo hace Carulla, el recurso al “arrepentimiento” y la impugnación radical del propio accionar.

Si la etapa de ascenso de aquel “nacionalismo integral” es, asimismo, la de su diferenciación de las corrientes del conservadurismo local, Gálvez problematizará abiertamente en torno a las contradictorias relaciones entre el nacionalismo y los gobiernos de la Concordancia, en tanto Ibarguren preferirá obviar reflexiones capaces de someter a tensión una imagen de sí que no excluye la pretensión de mostrarse como propulsor de un ideario social avanzado.
